

pos, y apuntaba con sus sutiles flechas al cielo para dirigir á los vivientes á su porvenir. La parte más baja de las antiguas hojas formaba la escamosa de la corteza del tronco, la que cada año se pone una corona nueva, consistiendo en una canasta verde, especie de ramo que crece en la parte más alta del árbol.

De la ciudad, el camino conduce con un ligero declive á un llano ancho y cubierto de viñas, que se estiende hasta las montañas. Está cruzado por varios cauces secos de un río llenos de ricos arbustos de adéfes las que errantes daban hasta el mar. Las viñas estaban frondosas, y encontramos varios trenes de ricos y pobres con los mas variados trajes, montados en mulas ó burros. Iban ó se retiraban de las amenas chozas, que contaban la cosecha sagrada de la uva.

Las chozas de los cultivadores de la uva, ofrecían un cuadro oriental. Varias mujeres de cabello negro y suelto cocinaban dentro el frugal alimento, y por fuera estaba parado el amo con toda su hermosura varonil, su artístico traje y sus ricas armas. Los pequeñuelos se arrastraban por entre los grandes montones de melones. Esta fruta crece entre las uvas, se madura perfectamente, y es muy dulce, aquí fué adonde vine á conocer lo excelente que es. Cerca se encontraban grupos de

béstias de carga, con unas botas de cuero de cabra y unas canastas para llevar las pasas de Corinto y las uvas maduras. Las viñas no son como entre nosotros, enredadas en varillas. O forman techos que dan sombra y que están sostenidos por morillos, ó extienden sus verdes cadenas de árbol en árbol; tambien crecen por el suelo, y tejen una red verde y fresca por el llano.

Esta llanura verde es solo tan larga como lo está la ciudad. Tan pronto como termina ésta, las montañas se acercan otra vez á la playa, de suerte que el camino á veces serpentea por rocas que causan vértigos. Nos sorprendimos de ver cuan diestro eran los caballos para trepar como gatos por los ascensos los mas escarpados. Frecuentemente la vía estaba muy peligrosa, cerca de la orilla de la roca, cuya base estaba bañada por azaladas olas, y cuyos despeñaderos resbalosos nos cubrían de una manera alarmante. De vez en cuando en lugar de rocas, veíamos médanos de arena, los que han sido bañados por la corriente fuerte del agua, tomando las mas originales formas.

Me divertía en observar los movimientos jugetones de las olas al subir por las alturas, ya de una manera halagadora, ya estrepitosa, declarando una guerra perpetua contra la playa. Las

pedras parecian frecuentemente rayadas por el agua. El camino llegó á ser tan empinado que nos vimos obligados á desmontar y llevar á nuestros caballos de la brida. Sin embargo, esta necesidad no duró mucho, y la atmósfera ardiente se refrescó con la lluvia.

En las altas rocas crecian pinos, laureles y el siempre verde encino. Estos encinos solo eran del tamaño de arbustos y estaban cubiertos de espinosas hojas, pero la fruta sobrepasaba grandemente á la de nuestros encinos. No se ha introducido aun en los jardines de Viena este árbol, pero tube el gusto de ver brotar en casa algunos piés que me llevé. Las ramas doblándose graciosamente sobre el camino estaban cubiertas de enredaderas de las que recogí todas las semillas que pude y las guardé en mi saco de viaje con el fin de plantarlas si fuera posible en mi jardín.

Despues de haber pasado una ó dos bahías las rocas se alejaban mas, y más del mar, y nos encontramos entre dos ensenadas sobre un llanito cubierto de viñas y de olivos. Igualmente pasamos junto al higuero más hermoso que hasta entonces habia visto. Se hallaba en medio de una viña, las ramas estaban cargadas de canastas rellenas con la más hermosa fruta. Nuestros guías se echaron sobre el árbol y cogieron los mejores

higos, que eran un positivo refresco para nosotros los infelices, fatigados y asoleados viajeros, solo que la cantidad era mayor de la que podiamos cargar. No hay nada en el mundo más dulce ó más delicioso que la fruta de Grecia y especialmente el higo que parece de miel. La monotaña terminó repentinamente en un rio peligroso para el jinete. Habia un puente viejo al que le faltaba un arco, por consiguiente nos vimos obligados á pasar por el agua. Corria esta por un hermoso valle por alguna distancia. Una nube de insectos nos acompañó todo el paso; el ruido llegó á ser tan fuerte y agudo que le tomamos por un pájaro, y buscamos para ver si era alguna especie de codorniz. Cuando hubimos sin embargo, descubierto que el sonido provenia de un olivo y no podiamos ver pájaro alguno, quedamos seguros que el ruido era de algun grillo. Habiamos apagado nuestra sed devoradora con los higos y las uvas, pero como que tambien teniamos hambre, nos alegramos cuando oimos decir á Demetry que habia una casita en la playa de la bahía que estaba frente á nosotros y adonde podiamos tomar nuestro almuerzo. Estaba erigida en la arena movediza á unos cuantos pasos del mar cuyas refrescantes brisas nos hacian mucho provecho, pues el calor habia llegado á ser extraor-

dinario. El techado del "Khan" estaba acribillado, como la choza de un pordiosero; el resto del edificio era exactamente lo mismo que las ruinas que hemos descrito ya. En la fachada ruin del piso alto habia un balcon en el cual tomamos nuestro alimento compuesto de huevos, bizcochos y carnes frias; lo que faltaba en la comida se suplía con el buen humor, no obstante que algunas voces se alzaron por aquellos que habian esperado mayores comodidades en el viaje. El Dr. F. como legítimo y buen vividor de Viena se quejaba de la comida y de la bebida. El profesor G., y yo le combatiamos con tezon como sinceros, entusiastas viajeros, y admiradores de la Grecia.

Entretanto nuestros gías se peleaban y gritaban lo que nos ofreció la oportunidad de conocer el sonido del idioma natal y tanto me inspiró que me colgué del balcon que amenazaba ruina, y con voz de trueno le grité á nuestro acompañamiento; en un idioma que se parece á la lengua griega, lo que aumentó nuestra alegría e inmediatamente llamó la atencion de los griegos. El idioma griego moderno suena muy distinto cuando lo habla la gente del pueblo, de lo que suena en boca de personas superiores, entónces se asemeja mas al antiguo griego y siempre hacen por anteponer palabras calcias á esclusión del elemento eslabónico.

Despues de un corto descanso nos pusimos en marcha otra vez. El profesor y yo guiamos la caravana; y pasamos una tarde agradable en conversacion amena y que daba en que pensar. Hablamos principalmente sobre los efectos mágicos del colorido en este país; se espresó como un legítimo artista, y yo gosé con sus apreciaciones sólidas y reflexivas. Durante esta conversacion continuamos viajando por las finas arenas de la pleya, lo que aumentaba el encanto de un paisaje. El azul oscuro y el verde claro de la superficie de las ondulantes aguas nos cautivaba de una manera irresistible é ilustraba lo que me decia. Nos metimos á caballo llenos de gozo por entre las agitadas olas, y estamos poseidos del encanto que pertenece á la contemplacion de esas aguas movedizas y su existencia íntima. Las olas mas fuertes suprimian y rodaban sobre las mas débiles y sus fuerzas y poder magestuoso al fin se disolvía suave y hermosamente sobre la brillante y tersa arena, convirtiéndose en una espuma blanca ligera y precipitada.

Más despues, y repentinamente, el insondable mar se dilata, y solo las olitas más aventajadas y atrevidas se cuegan por la arena. Apénas cree uno estar en tierra seca, cuando una ola aun más potente sube con ímpetu, y como un tropel de ca-

allos sin rienda, corre más léjos aun que la anterior hasta la playa, bajando tan solo la espuma como una almá inquieta — como la angustia de una mente atrevida y descontenta, que se desvanece como una ola en las arenas.

Habia un placer estravagante en conducir á nuestros caballos espantados dentro de ese elemento agitado, dejando que rompiesen las olas contra sus pezuñas. Con frecuencia se veian los animales rechazados por su potencia, pero nuestras amenazas les hacian volver de nuevo y nosotros juntos con los demás gozamos con esta broma en las aguas.

Por un momento el camino serpeaba hácia arriba, y nuevos cuadros se presentaron ante nosotros; estos se multiplicaban adonde las alturas desiguales quebrantaban la uniformidad de la playa. Las figuras de nuestros compañeros de viaje vistas primero por estos pedazos de arena y piedras amarillosas, y despues trépándose con lentitud por las alturas, como (silhuettes) en el azulado éter, y más adelante desapareciéndose repentinamente tras una roca, contribuia al interes, — las figuras fantásticas formando contraste con la magestad solemne de la naturaleza.

En uno de los cerros nos encontramos con las ruinas de una fortaleza que habia sido destruida

por el furor de los turcos. Se encuentran con frecuencia en la desgraciada Grecia, huellas de la manera terrible que la mano del Musulman ha sido impresa sobre la tierra de los cristianos y de lo tremenda que ha sido su venganz contra los combatientes. Las heridas de la patria tienen que desangrarse por algun tiempo más, y se necesitará de una mano firme para ponerla en tal estado, que le permita hacer uso de la victoria, tan difícilmente ganada.

De estas rocas descendimos por entre esa vegetacion comun, á la playa la que no abandonamos hasta que á las cinco llegamos al pequeño lugar llamado «Sakoly» destinado á ser nuestra posada para la noche. Tambien está erigido en las arenas y tiene mas bien un aspecto turco que griego. Las chimeneas brillaban como torres de mezquitas: quitando estos adornos todo es pobre en este pueblo, y todo está en el último grado de cultura.

Nos volvieron á enseñar un «Khan» adonde encontramos un cuarto pequeño con dos camas de madera. Mientras estaba la comida lista, nos fuimos á andar por la playa; el frio de la tarde formaba contraste con el calor del dia, y era tan grande que no nos atrevimos á quedarnos por mucho tiempo á gozar de ese fresco que iba en

aumento. La puesta del sol había sido magnífica y con ese cambio de temperatura peligrosó, aunque usual en Grecia, llegó la noche. Antes de la comida escribí mi diario. La mala cama, y los insectos nos privaron de dormirnos hasta muy tarde; estábamos empacados como arenques, lo que dió lugar á muchas pëndencias, y á muchas ocurrencias célebres.

No había dormido por muchas horas cuando me despertó el Cronista K, porque no se podía dormir, y por consiguiente inquieto. Naturalmente no dejamos descansar á los demás. Nos trajeron el desayuno, y un buen rato ántes del alba salimos de nuestro alojamiento. Me sentia tan indispuesto que solo por consideracion á los demás hice un esfuerzo para ir á caballo. Esperaba los calurosos rayos del sol con ardiente anhelo.

Las desnudas crestas de la montaña brillaban ya con el reflejo del sol. En direccion á Corinto la banda purpurina de la aurora se aclaró y se encendió más hasta que al fin, en el momento en que se apareció el sol, se trasformó en un mar de rayos dorados. El mar daba á la playa una franja de espuma de un tinte dorado, las montañas cubiertas de viñas brillaban con una vegetacion verdiosa, y los pinos se movian de acá para allá con el aire fresco. Mi malestar aumentaba y una

hora despues de la salida del sol me ví obligado á acostarme al aire libre. El querido doctor F. me cubrió con los capotes marinos, y esto me hizo tanto bien que despues de un rato, la caravana pudo proseguir otra vez.

Seguimos la orilla del golfo por algun tiempo, frecuentemente impedidas de avanzar por numerosos arbustos. Seguido pasábamos por unas chozas las que generalmente y en su mayor parte estaban desiertas. Habia muchos pozos como aquellos de que se hace mencion en las Escrituras á orillas del mar. Junto al "Khan" donde debiamos almorzar habia una recua de mulas cargada de uvas. Mis compañeros se echaron sobre estas al instante, pero yo estaba tan fatigado con la montada á caballo que me fuí á pié.

Cosa de mediodía llegamos á Sizia, pequeño lugar cerca de la playa, adonde Demetry nos habia conseguido una casa aseada, pintada, muy alegre, y bastante bien arreglada para ser de ese vecindario. Tenia un terrado con vista al mar. La pieza en que estábamos, presentaba una mistura del gusto oriental, y de la civilizacion europea. Contenia varios divanes, espejos con marcos dorados, jarrones Etruscos y relojes de mesa. Pero lo que tomamos por más encantador, fué á la hermosa y amable prima de nuestro huésped. Debía

haber tenido algunos indicios de nuestra llegada, pues llevaba la gorra puesta con tal coquetería sobre su acastañada cabellera, y el material de su vestido guarnecido de pieles, era demasiado espléndido para el uso diario.

Parecía que estaba satisfecha cuando le admiramos su hermoso traje. Entramos á la sala y allí pudimos hacernos cargo de lo que era una casa griega bien ordenada. En Oriente se hace todo por ostentacion y magnificencia, de suerte que no dieron toallas bordadas de oro, pero siempre faltan en medio de este lujo excesivo, muchas de las comodidades mas esenciales de la vida. En casi todo cuarto en Grecia, se ven colga dos los retratos del Rey y de la Reina con sus marcos de madera sencillos, de los soldados-héroes de la libertad, y tambien escenas de la guerra contra los turcos. Estos cuadros, sin embargo, no eran dignos de los hombres, ni de sus hechos, y mostraban un talento artístico muy limitado.

Despues de un ligero descanso continuamos nuestro camino á Corinto por la costa, y hacia el anochecer el altivo Acro-Corinto, (1) se desprendió á nuestra vista por la parte mas lejana del golfo. Miétras mas se acerca el mar á la playa, mas

(1) El famoso Acrópolis de Corinto. N. D. T.

oscuro se pone su azul, y mas tranquila su superficie. El modo de fabricar las casas lo mismo que los modales y el aspecto de los hombres varia en esta ancha llanura. La tez y las facciones de estos toman un tinte de gitanos y su traje es ligero y desarreglado. Caminabamos á caballo por horas enteras sin parecer acercarnos á la ciudad.

Al ponerse el sol Acro-Corinto y algunas de las montañas más elevadas, brillaban con una hermosura indecible; otras de las montañas tenían un colorido como de naranja y violeta, y las más lejanas, revestidas de un azul oscuro místico que despierta en el corazon un vago anhelo. El mar tambien tenia un color más subido del que no habia visto ántes en otras partes. Caminábamos muy tranquilos admirando todo este magnífico colorido abajo del cual se asomaba en varios lugares de tierra amarilla.

Abajo de Corinto las ramas mas altas de los olivos lucieron por última vez en esa sonrosada brillantez; el sol se hundió detrás de las montañas de Patras, y esa atmósfera suave del crepúsculo se tendió por el paisaje vecino: Miétras que continuamente nos crecíamos cerca a Corinto, se alejaba de nosotros, como un espejo engañadizo; caminabamos, y caminabamos y no podia-

mos llegar. El aire despues de la puesta del sol en el llano estaba molesto é hizo que nos sintiésemos realmente disgustados. Sin embargo, al darnos la noche alcanço, llegamos á nuestro término. Terribles, —sí, horribles, —aparecian las ruinas y las bóvedas subterráneas sobre esa tierra descolorida y desierta. Ibamos en medio de un mar de piedras, pero de las oscuras profundidades parecia salir un aire envenenado. Unas cuantas figuras solitarias se arrastraban de fragmento, en fragmento, como espíritus malignos. Era un cuadro de destruccion y de maldicion. Nos imaginabamos estar en la ciudad de los muertos.

Al fin llegamos á una parte de la ciudad más civilizada, adonde la vida parecia reinar de nuevo. Hicimos alto en un lugar pequeño, que estaba frente á una casa de buen aspecto brillantemente iluminada, y que relucia sobre nosotros como una estrella fuera de la oscuridad. Pertenecia á la familia N. á quien nos habia anunciado ya nuestro huésped, sin nuestro conocimiento. No sabiamos qué hacer en situacion tan nueva para nosotros, hasta que con gran gusto oimos voces en aleman, á la vez una gran figura salió de la oscuridad y dirigiéndose á nosotros nos invitó en aleman, á que pasásemos á sentarnos, y nos quedásemos esa noche en la casa de la familia N.

Seguimos el eco de esa voz que hablaba en el desierto, y la que en esos momentos realmente nos parecia como de un profeta, y entramos por el zaguan de la habitacion.

En este habia agrupados hombres y mujeres vestidos con el traje nacional, estos tenian sin duda noticias de nuestra llegada. El aleman era un facultativo que habia residido en este lugar por muchos años. Nos condujo á un aposento en el primer piso, aseado y amueblado con coquetería, y nos presentó á la señora de la casa.

Eulalia, así se llamaba esta rubia, vestia un traje suntuoso que aumentaba su hermosura, y la misma Elena si hubiera sido posible que se apareciese de nuevo, no podia haber despreciado la belleza de esta dama griega. Era un meteoro brillante en su primera juventud. Su talle elevado y flexible, de unas proporciones perfectas mostraba unas formas nobles propias del desarrollo de las hijas del Sur. Sus facciones eran las de un camáfeo antiguo. En su tez de márfil estaban pinceladas de una manera atrevida sus oscuras cejas, sobre sus ojos que los tenia en forma de almendras. Su soberbia cabellera caia por atras formando ondas desde sus deslumbradoras sienas, y sobre la cabeza tenia colocada el "fez" negro con su larga borla la que fluctuaba sobre

uno de sus hombros. Desgraciadamente solo hablaba el griego, y el Dr. H. se vió obligado á servirnos de intérprete.

El padre de esta jóven era ministro de gobernacion en Aténas; y allí debia dirigirse ella pronto para casarse con un médico. Entre su comitiva habia varias de sus compañeras; y un hermano de su padre, quien fué muerto pocos meses despues de nuestra visita, en un combate con los aldeanos. Despues que nos dejaron solos, nos sentamos al rededor de la mesa del té, bastante cansados con la caminata. El cronista K. estaba indispuerto. El doctor H. á quien habiamos convidado á comer, correspondia nuestra atencion, contándonos anécdotas minuciosas é interesantes sobre el estado de la Grecia. Estas narraciones no daban buenas cuentas de los nativos; pero en esto no hacia mas que usar de la reciprocidad, puesto que el odio que los griegos le tienen á los extranjeros es tan grande, que han inventado una palabra que expresamente trasmite ese significado. Solo tienen consideracion á los médicos, y eso por que necesitan de su ayuda contra las fiebres terribles que tan espantosos estragos han causado en Corinto.

Bañarse en el mar, y al aire libre al caer la tarde es peligroso. Dedibo al temperamento de

los habitantes, y por otro lado al buen clima, otras enfermedades son raras. Mas peligrosos que la fiebre, son los ladrones. Acorde con la relacion del doctor H. la mayor parte de la gente son del oficio, y se dice que sus satélites se han elevado al rango de dignatarios de la corte.

Como que todo hombre que peleó en las guerras de independencia (llamados héroes, Palikaren) tiene el derecho de portar armas, el robo llega á ser una cosa en extremo fácil para ellos. Con frecuencia se ataca una casa en el centro de la ciudad. Nuestro alojamiento nocturno en Vostizza estuvo así en peligro toda una noche. Los viajeros hacen bien de hacerse acompañar de un número suficiente de gendarmes. Si cogen á hombres tan peligrosos como estos, suele suceder que despues de una corta prision, ascienden á honores y á distinciones, pues el amparo y el cohecho son mayores aquí que aun en los países más civilizados; de suerte que de este modo y con frecuencia, los más altos del país se hallan en compañía sospechosa.

Las contiendas de partido tambien dividen y destruyal país, á un grado que dá lástima. La desavenencia principal esta entre ciertas familias que habiéndose distinguido en la guerra de independencia, forman una clase que corresponde á

nuestra aristocracia. En cada ciudad una de estas familias tiene el poder, entretanto los demás hacen cuanto pueden para derribarlas.

En Corinto nuestros amables huéspedes los N. eran los que daban la ley en la ciudad, y ejercían un especie de poder feudal. Esta familia encuentra apoyo en la protección que les dispensa el rey El padre de Eulalia como ya tengo dicho es ministro; otro hermano de este es «Pilika» ayudante de campo de Su Magestad.

Si la protección real les fuese retirada según las afirmaciones del Dr. H. no están seguros ni una hora dentro de sus cuatro paredes. Aun cuando el relato del buen doctor fuese algo exagerado era muy interesante, pues era la primera vez que escuchábamos una conversación imparcial sobre el país y sus costumbres. Cuando el doctor comenzó a describir los horrores de la fiebre, nuestro cronista se desapareció repentinamente, y después de la cena, le encontramos en un estado muy conmovido. Se quejaba de fuertes dolores en las rodillas y en realidad parecía estar acalenturado. Interiormente se creía víctima de la terrible epidemia, y estaba sumamente alarmado, pero no quería consultarle al médico. Le pusimos por fuerza unos defensivos fríos, y no

nos retiramos á acostar hasta que le vimos un poco restablecido.

Las camas eran anchas y cómodas, y todo el orden de las cosas lujoso para el país. Echamos de ver que estábamos “sub umbrá alarum,” en la casa de un hombre á quien “el Rey se complacía en honrar.” Después de nuestras fatigas dormimos perfectamente, más á pesar de las almohadas blandas y la ropa bordada de oro, había muchas huellas por la mañana de un ejército salvaje de enanos en nuestros abigarrados cuerpos! La magnificencia y el destino enlazados!

Por la mañana muy temprano el amable H. se presentó con nuestros caballos con el fin de llevarnos después de un buen desayuno, al renombrado Acro-Corinto. Eran las cinco de la mañana y un aire puro nos daba lugar á esperar un hermoso día. La luz que iba en aumento nos mostraba las ruinas de una ciudad que en su época fué floreciente, y en la que no obstante los débiles rayos matutinos podíamos trazar aun la maldición del cielo. ¿A dónde estaban los palacios, los soberbios bosques de ciprés los innumerables recuerdos de la antigua Grecia? Por dónde vagaban las castas figuras de las sacerdotizas? Todos los encantos que encontramos descritos en las leyendas clásicas se han desvanecido. El espíritu del